

Yannis Ritsos *Crisótemis*

TRADUCCIÓN DE SELMA ANCIRA



Ritsos, una de las mejores voces de la lírica europea, creó una serie de monólogos de excepcional sutileza, con los que consigue trasladar a nuestros días el *pathos* de la tragedia griega. *Crisótemis* es uno de estos soliloquios dramáticos, en versión de Selma Ancira.

(P)lácida tarde de finales de verano. Soleada. Una que otra nube. Algo como el primer soplo del otoño. Una periodista joven, enviada por un importante grupo de publicaciones, remonta el antiguo y mítico cerro, atraviesa las puertas que ya nadie vigila, sube las escaleras de piedra y golpea el aldabón de la casa señorial que se halla casi en ruinas. Con la palma de la mano percibe el calor del metal. La anciana Señora, en persona, baja a abrirle. La conduce hasta una espaciosa sala que huele a polvo, a rosas marchitas, a seda y a terciopelo enmohecidos. La joven se dirige a ella con gran respeto. Le explica el motivo de su visita, «Una entrevista», le dice. Algo le comenta, además, sobre su «libertad pura, silenciosa y solitaria». La Señora, visiblemente conmovida, con un rubor infantil en su rostro pálido y surcado de arrugas, hace girar con los dedos pulgar y medio de la mano derecha una curiosa sortija que lleva en el anular de la mano izquierda. La escucha con una atención educada, en la que apenas si se adivina cierta ausencia, cierta perplejidad y una predisposición imprecisa. Silencio. Las empolvadas lágrimas de cristal del candelabro lanzan de cuando en cuando algún reflejo. Afuera, en el jardín, se oye apacible la voz del viejo jardinero que conversa, quizá, con un pájaro o con un perro, o tal vez con una flor. Inmediatamente después se dejan oír las cigarras con un ímpetu repentino. Entonces la anciana Señora, como alentada y protegida por aquel confuso abejero, comienza a hablar con un tono moderado que, sin embargo, no oculta cierto matiz de un bienestar lejano e

inexplicable. Un pájaro se posa en el alféizar de la ventana. Da su beneplácito. Emprende el vuelo).

Qué ocurrió para que se acordaran de mí? De mí no se acuerda nadie. Nunca adie me ha prestado atención. No tengo queja. A todo me avenía, y quizá fuese mejor así. ¿Sabe?, con el paso del tiempo, todo, por amargo o terrible que sea, nos da la impresión de ser necesario, til, incluso bello. Hasta este tosco cerro que tenía yo encima una compañía—casi un amparo—, me vestía con su sombra.

así, desde mi insignificancia, estaba encantada de ver y oír. Podía goñar en libertad. Era hermoso, de verdad, era como vivir al margen de la historia, en un espacio mío, intacto e incondicional, rotejada y, sin embargo, presente. Pasaba horas enteras observando el agua estancada en el jarrón con los tallos podridos e unas flores olvidadas; —algo aterciopelado y viscoso— quedaba en el jarrón, se extendía por la estancia, por la casa toda.

ese cansancio y la demora—llena de amabilidad— se no poder coger las flores y echarlas por la ventana, al jardín, ara lavar el jarrón—¿con qué fin?—. La corona podrida permanecería misteriosamente ahí, en el jarrón, en la casa, ciñendo nuestras frentes

algo profundo y atroz, a lo que no le faltaba, sin embargo, cierta gracia.

A qué, pues, nuestra intervención? Muy pronto aprendí  
ue nunca nadie puede eludir nada. Por las tardes  
e derrama sobre la calle el aliento cálido de las paredes de  
las casas;  
a sombra de un enorme caballo se evapora a la luz de la lu-  
na. Si esto no es  
na respuesta, diría que no existe la respuesta.

irandes féretros pasaron por esta puerta—grandes como  
barcos;  
ruertos con uniformes oficiales, con altos cascos, cubiertos  
de banderas y de flores,  
tros, desnudos, vestidos sólo con su palidez y su descon-  
cierto,  
una jovencita degollada, con un peplo blanco, infinito; el  
aire  
lzó muy alto el peplo, lo ató a una nube de primavera  
ahí lo dejó, ondeando solitario, lanzando de tanto en tanto  
estellos azules sobre el pórtico y la escalera. Quizá los des-  
tellos  
resen de las cometas que en el campo vecino volaban  
os chicos de su edad, porque los colores no hacían más que  
cambiar; —yo los veía  
n los muslos y en los pechos de una estatua en el jardín.  
Aun así,  
o eran sino las ondulaciones azuladas de ese peplo blanco.

e fueron. No quedó nada. Todo lo gastaron en aras de su  
nombre  
no de sus personas (¿habremos hecho lo mismo?). No se  
arrepintieron.

or otro lado, siempre era tarde para arrepentirse. No hacía falta.

De vuelta del cementerio, todos mirábamos al suelo.  
e hizo una larga pausa, tan larga que parecía  
ue de un momento a otro, por fin, algo se nos ocurriría.

Y de pronto  
riles de sonoras pezuñas se oyeron abajo en el campo y en  
las calles—  
os jinetes surgieron de detrás de los álamos; cerraron los  
pasos;  
anderas a media asta, otras desplegadas en pleno tiroteo.

lo se sabía quiénes llegaban y quiénes se iban—qué ocurría.  
Unos corrían,  
tros se ocultaban, otros escribían algo sobre sus rodillas,  
otros se suicidaban,  
tros eran ejecutados de madrugada frente al muro desnudo  
de la fábrica de ladrillos,  
tros se entretenían con los dos botones de su chaleco aún  
sin abotonar.

acas abandonadas deambulaban circunspectas por el mercado,  
miraban los relojes, los espejos, las vitrinas de las tiendas  
como si fuesen a comprarse una piel nueva. Había una vieja  
balanza  
aída boca arriba en la bodega grande. De inmediato la enderezaron  
se pusieron de nuevo a pesar sacos, barriles, cajones,  
anastos, bidones, damajuanas. Otros pesaban a sus hijos  
pequeños.  
Alguien trajo un pájaro a pesar. El pájaro voló; salió por la  
puerta.

se alguien gritó: «No pesa, no peso, no pesamos;  
os perdemos, nos perdimos, perdimos nuestro peso; vola-  
mos».

extendió los brazos como si de veras fuese a volar.  
La vera del río, su risa se oía pasada la medianoche.

Después nada. Ni maldiciones ni aclamaciones. La única for-  
ma de libertad  
fue el silencio. Los huertos abandonados  
se cubrieron rápidamente de ortigas, de asfódelos y de ex-  
trañas espinas  
con desconocidas flores doradas que parecían estrellas de la  
desolación. Los pozos se secaron—  
si arrojabas una piedra, iba a dar contra la piedra, y el eco se  
prolongaba  
en una profundidad interminable hasta el lado opuesto; y si  
mirabas dentro,  
en el ojo, solo, oscuro, despestañado, te miraba fijamente,  
haciendo hueco todo tu rostro como un hoyo no muy hon-  
do.

Después llegaron los grandes fríos. Manadas de lobos baja-  
ron  
sobre los pueblos y a la ciudad. Todos se encerraron en sus ca-  
sas. Incluso nevó.  
Un blanco indescriptible había cubierto los tejados, los árbo-  
les, la memoria,  
como devoción, como absolución—como aquel peplo del  
que le hablé—  
debajo se distinguía lo negro, íntegro, indoloro, apacible.

Las madrugadas encontraban en las calles corderos, perros  
y burros muertos,

Algunos caballos flacos y entristecidos. Las abejas habían abandonado sus colmenas.

El maíz, la cebada, el trigo se encarecían. No obstante, mañana, al abrir las persianas, vi sobre la tapia del jardín un montón de molinos de papel, pequeñitos, de juguete. Tal vez fueran

el quien quiso pesar al pájaro. En la calle volvió a oírse un niño pregonar rosquillas; –su voz y el olor pan caliente y a sésamo dieron de nuevo forma a los árboles, a las puertas, las manos y a los rostros. La luna transparente del alba se retiraba con pasos culpables, rosados, al lado de una escalera de servicio, de caracol, oxidada.

Entonces le grité a mi hermana mayor: «Mira, mira», le dije. Y contaba:

Dos, tres, siete, dieciséis, diecinueve», los molinos de viento. Ella irió la cabeza hacia allá; no vio nada; se volvió, me miró de inmediato partió furiosa. Me entristecí como si yo tuviese la culpa.

Olví a asomarme por la ventana. Nada, era cierto. Los molinos de viento se habían ido.

Allá en los viejos tiempos, un día, en el jardín—lo recuerdo—, la música de las cigarras se descolgaba de los pinos, como hoy,

en medio de la escandalosa luz. De vez en cuando, un soplo de brisa la detenía. Las hojas de los eucaliptos rozaban por momentos el silencio. En el suelo, las sombras se hacían dorado-azuladas, oscuras, alargadas. Al poco, todo se apagaba de nuevo. Sin embargo, aquel escaso silencio perduró como una mancha malva en el aire repleto de luz. Recuerdo



ue los sillones de paja del jardín, calientes de sol, se alza-  
ban  
olícitos, prácticos, dignos de confianza sobre sus cuatro pa-  
tas. Sólo eso.

aquella mancha, como del cristal de una ventana distante,  
a de los sillones trenzados a la mesa, y ahí se detenía  
unto a las cucharitas de plata. Los vasos del desayuno, a la  
sombra de los árboles,  
e teñían de azul con pintas verdes. Un día  
l agua se regó sobre el vestido de mi hermana, –un dibujo  
añil se esbozó en él. «Dámelo, te lo lavo», grité.  
No es nada–dijo–, el agua no mancha». «Dámelo, dámelo»,  
rité de nuevo. Todos me miraron. Guardé silencio. Y el di-  
bajo crecía,  
ubrió el vestido de mi hermana, sus brazos, sus piernas, su  
cara, –  
i hermana se había vuelto azul; sólo la punta de una de sus  
sandalias  
eguía siendo blanca. Nadie ve lo que está a la vista. Lo otro  
–  
h, lo otro–¿qué otro?–traslados, quehaceres, ademanes  
entro de lo inalterable y de lo inamovible, como se suele  
decir. No ven nada.  
Será mejor así? ¿Será peor?–¿Quién sabe?–. No ven.

Me retiré a este lugar. Es tranquilo. Ni siquiera llega el eco  
e los nacimientos, las bodas, los fallecimientos. Estoy can-  
sada. Siempre lo mismo:  
nos suben, otros bajan–siempre iguales los primeros y los  
segundos y los terceros  
(los mejores, en cuanto llegan al poder–ya sabe usted). Un  
muro  
on garfios oxidados hasta muy arriba, en medio de la no-  
che. Nunca

e conseguido asirme a uno de los garfios y subir; –tampoco lo he intentado, es cierto;  
 me distraía mirando una estrella disuelta en el agua como una gota de limón  
 en el té, –de alguna manera aclaraba la oscuridad. Todos teníamos miedo. Aunque quizá ellos más.

in embargo, esta fatigosa reiteración, al final–final, parece transformarse  
 en algo bello, casi saludable; –te da la impresión, de alguna manera,  
 de lo fugaz y de lo inagotable a un mismo tiempo –una permanencia serena  
 algo desconocido y cercano–, te alivia; una idea de formidable eternidad–  
 eternidad pese a todo.

Una apacible sonrisa se cuelga en nosotros,  
 como nosotros colgamos un cuadro en una habitación vacía  
 –una batalla naval en la Antigüedad,  
 en tonos verde oscuro, de noche, con señales doradas y rojas; en el extremo,  
 delante, sobre la arena, se distingue a un marinero viejo, cojo; ha encendido  
 una débil hoguera y ha colocado una olla encima de dos piedras–  
 un solo, tan solitario, como fuera del mundo,  
 sentando el mundo sobre dos piedras ahumadas.  
 me siente el olor a sopa de pescado en ese cuadro,  
 me siento el olor a humildad y a libertad muda–la única.  
 me te llena la boca de saliva; –sientes que tienes hambre–y  
 me te agrada.

en cuanto a lo demás–ni siquiera supimos quién o qué tuvo la culpa. La suerte ya había sido echada.

lo me gustaban los juegos de azar, las loterías. Nunca he jugado. Alguna vez mamá  
 ompró en una rifa un billete para mí. Me tocó entonces  
 n gran jarrón chino, –aún está  
 n el cuarto de los cachivaches. «Es curioso  
 ue esta niña tenga suerte–dijo mamá–. Es curioso», volvió a  
 decir.

Es curioso; es curioso». Y yo sonreía. Con los años,  
 todos lo olvidaron. Yo me acordaba. «Tengo suerte, tengo  
 suerte»,  
 repetía una y otra vez mientras bajaba de noche por la esca-  
 lera interior  
 cuando me acostaba con la luz apagada, y observaba, pe-  
 gada al cristal,  
 la ceja arrebol de la luna nueva; –«Tengo suerte, tengo suer-  
 te». Y entonces,  
 una fina risa de muchacha se derramaba como agua desde  
 un cántaro de cuello largo,  
 desde arriba, desde una ventana iluminada, se derramaba  
 sobre el oscuro jardín estival.

Oh, sí, siempre me he sentido afortunada; –es curioso. Ni yo  
 misma  
 quería creerlo. Aún ahora me sorprende; –  
 e ahí mi retraimiento y mi agradecimiento cuando alguien,  
 maestro, músico o jardinero, me dirigía  
 un «Buenas tardes» o un «Buenas noches». Miraba alrededor  
 con cautela,  
 o fuera que estuviese saludando a alguien más. Una sonrisa  
 inmensa  
 me llenaba la cara, se desbordaba por mis orejas; –no esta-  
 ba bien–lo sé–  
 intentaba contenerla; evitarla; no lo lograba; –  
 sólo frunciendo las cejas se puede contener  
 una sonrisa (y quizá tengan razón aquellos que dicen:

Los de ceño fruncido son los más dóciles, los más dulces y humildes, fuertes al mismo tiempo, muy fuertes», quizá tengan razón), yo no lo lograba.

En la entrada la tarde, en invierno y en verano, en el jardín o aquí, en la ventana, bajo la influencia del lucero vespertino, levantaba mi mano izquierda para rozar mis labios, lenta, cautelosa, distraídamente, para pasar mis dedos alrededor, como si quisiera ayudar a la formación de una palabra desconocida o como si quisiera enviar un beso postergado.

En aquellos años, muchas veces, cuando deambulaba sola por el jardín, la luna me seguía silenciosa por detrás de mi espalda, y de pronto me tapaba los ojos con sus manos. «¿Quién soy?», preguntaba. No sé, no sé», respondía para que me preguntara de nuevo.

Yo ella ya no preguntaba. Aflojaba los dedos. Yo me volvía. Me miró las dos, cara a cara. Su mejilla fresca contra mi mejilla; y su sonrisa toda—se la arrebatada y corría; ella me perseguía alrededor de la fuente.

Una noche mamá me pescó in fraganti: «¿Con quién conversabas?». Perseguía a la gata no fuera a comerse los peces dorados», respondí. «¡Boba! dijo mamá—; no vas a crecer nunca». En ese momento, la gata de veras se restregó contra mis piernas. Un pez grande y dorado saltó de la fuente. La gata lo atrapó y fue a ocultarse entre los rosales. Grité, la perseguí—

emía que fuera a comerse una mano de la luna); y mamá me creyó.

iempre sucede así. Ya no sabemos cómo comportarnos, cómo hablar, a quién, ni qué decir. Vivimos solos con dificultades menores, en guerras menores, sin victoria ni derrota, con una turba de agresores menores o, más bien, de agresiones. Sin embargo, tenemos muchos aliados—menores también—como la luna el viejo jardín, como el pez dorado o, incluso, como la gata.

Otra noche (hacía un calor insoportable en el comedor—era verano—; las ventanas abiertas de par en par; las cortinas corridas), mamá parecía furiosa, lo mismo papá, y mi hermana mayor también; hablaban en voz alta—sus bocas llenas de oscuridad se agrandaban—; de vez en cuando los candiles les iluminaban la lengua, parecía que intentaran engullir un sorbo de luz, no lo conseguían; se atragantaban; se asfixiaban unos a otros. Yo los miraba. No distinguía las palabras.

En ese momento entró por la ventana un murciélago trayendo consigo unas estrellas, un jirón de noche aterciopelada, unas hojas de morera (sí, de morera), el débil balido de una oveja pequeña a la vera del río, cuando la estrella de los pastores titila en el agua, tan solitaria y tan emotiva que los gorriones suspiran en sueños, volteándose, las ovejas le prometen a su dios

olverse todavía más buenas. De pronto los adultos callaron.

Quizá prestaran atención a aquel balido. Quizá sintieran miedo  
e lo lejano, lo bello, lo desconocido. Pese a todo, lo oyeron. Entonces mamá  
garró una servilleta de la mesa y se puso a perseguir al murciélago;  
oco faltó para que se apagaran los candiles.

Me encantó  
mamá en esa pose—aunque de nuevo fuese  
tanera, agresiva, autoritaria—, la servilleta blanca ondeando  
n una de sus manos—como ave de sólo un ala, y no podía  
volar. En sus grandes ojos  
rilló secretamente el deseo de huir en la noche, al fondo  
de la noche.  
Entonces, yo tomé una servilleta y se la coloqué como se-  
gunda ala en la otra mano.  
Mamá sonrió con complicidad; pero luego, de golpe:  
¿Te has vuelto loca?», dijo furiosa. El murciélago se había  
ido;  
con él se había ido el río; —alcancé a ver  
desde el alféizar la zancada luminosa del río. La conver-  
sación  
comenzó de nuevo en un tono más alto.  
No me importaba. Estaba tranquila.  
Sólo los compadecía.  
Yo también tenía mis aliados secretos, —ya se lo dije, —  
incluida una segunda ala en los ojos de mamá.

Aquel «No vas a crecer nunca» hacía tiempo había dejado  
de causarme amargura—  
más bien lo sentía como un privilegio—mi otra vista, mi aleg-  
ría oculta.  
De madrugada

alía sola a la frescura crédula del jardín.

Me sentaba

durante horas enteras observaba a los pájaros.

Muy a menudo algún gorrión

se posaba en tierra y caminaba con gracia, remedando con precisión

las muchachas el día de su primera cita; —no se lo dije a las muchachas

o fueran a enojarse con los pájaros, pese a que anhelaba comunicar ese hallazgo mío, esa... revelación, podríamos decir—¿por qué no?—,

eso era lo que yo creía entonces (quizá también ahora)—cosas así de insignificantes

modelan en ocasiones nuestra personalidad y el mundo, —¿no le parece?

eso pueden saberlo los pájaros, y tal vez por eso ellos tampoco

retenden crecer demasiado—quizá por prevención, quizá por miedo;

ambian sus colores, se ocultan entre el follaje. («La insignificancia—decía

mi viejo maestro—, es la máscara de lo profundo»). Su canto, sin embargo,

ah, su canto no consiguen disfrazarlo del todo; y entonces

las flechas, todas, y también los tirachinas se vuelven hacia su voz, —solos se traicionan.

¿me, de niña, jamás me regalaron una muñeca por mi cumpleaños.

Recogía yo las muñecas rotas de mi hermana mayor. Les pegaba

los brazos, las piernas, los cabellos, los ojos. Les hacía vestidos nuevos;

las peinaba; —se ponían bonitas—más bonitas que antes. Mi hermana las envidiaba;